

V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

En el nombre de la ciencia. Ensayo sobre un debate de verano .

Cendali , Florencia, Coppo , Magalí y
Wainsztok , Carla.

Cita:

Cendali , Florencia, Coppo , Magalí y Wainsztok , Carla (2008). *En el nombre de la ciencia. Ensayo sobre un debate de verano. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-096/679>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edBm/uWg>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

En el nombre de la ciencia

Ensayo sobre un debate de verano

Florencia Cendali fcendali@uolsinectis.com.ar

Magalí Coppo coppomagali@yahoo.com.ar

Carla Wainszok carlalatina@gmail.com

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

*“Todo podría haber sido de otra manera
si las ciencias sociales originarias
hubieran preferido como modelo prototípico
de legitimación, el arte
en lugar de las ciencias exactas...
Pero el bisturí cortó por lo enfermo:
la cirugía positivista escindió a las artes
de sus gemelas, las ciencias sociales.
¿Acaso las sociedades no son paisajes,
la lucha de clases un teatro,
los códigos de comportamiento valeses o tangos
y los integrantes del elenco actores?
¿No descienden del mismo origen etimológico
las palabras teatro y teoría?”*

Cristian Ferrer, 1986

1. Introducción

Este ensayo se vincula con los debates recientes sobre las relaciones entre los conceptos de autonomía y ciencia principalmente, a partir de la conmoción que se disparó post declaraciones (y, al mismo tiempo, convocatoria) del flamante Ministro de Ciencia y Técnica, Lino Barañao. Para estudiar la diferentes narraciones tejidas merced a este cruce, seguimos este “debate de las ciencias” a través de las contribuciones que intelectuales de las más diversas disciplinas aportaron a partir de sus opiniones hechas públicas en el diario *Página 12*.

En virtud del efecto provocado en el ámbito académico, desarrollaremos unas breves aproximaciones sobre la concepción acerca de la ciencia, los métodos científicos, el trillado debate entre “ciencias duras” y “ciencias blandas”, el compromiso y la responsabilidad social del científico dentro de un proyecto de ciencia que “pregona que ha dejado de ser parte de la cultura para transformarse en una mediación instrumental entre conocimiento y mercado” (Carrasco, 2008).

Trataremos de reabrir una idea según la cual la mencionada concepción de “tecnociencia” se encuentra enmarcada en los umbrales de la experimentada *colonialidad del saber*. Esto en cuanto que:

Al subordinar la ciencia a la tecnología, se consuma la idea de que el conocimiento se legitima sólo cuando conduce a alimentar propuestas e iniciativas que incrementan la rentabilidad del mercado. Más aún, ontologiza el saber útil. Transmutando la metáfora de la ciencia prometeica de la Ilustración –que quiso comprender la naturaleza y relacionarse con ella de una manera armónica– en la metáfora fáustica –que promueve su apropiación y dominio aun a costa de su destrucción–. Así, este capitalismo tardío necesitaría de la tecnociencia centrada en la dominación de los recursos de la humanidad como el principal instrumento de la neocolonialidad y la celebración de las soluciones tecnocráticas para los problemas humanos (Carrasco, 2008).

Estos problemas que hoy parecen desterrados¹ (o, lo que es más, jamás aparecidos por ciertos claustros), suponen que las provocadoras expresiones del Ministro Barañao también velaron un silencio gélido.

2. De ciencias, verdades y legitimaciones

Haciendo un poco de historia, podemos recordar que iba a ser Émile Durkheim quien denunciará, en el ámbito de las ciencias sociales, lo que él consideraba la falta de un método propio. En

¹ Retomados aquí principalmente teniendo en cuenta que 2008 ha sido declarado “el año de la enseñanza de las ciencias” como medida de gobierno nacional, siendo un mensaje para el conjunto de la sociedad civil. La idea de un lugar privilegiado para la enseñanza de las ciencias está relacionada a la concepción que la comunidad tiene sobre su valor. El propio Ministro de Educación de la Nación, Juan Carlos Tedesco, ratificó en un conocido periódico que deben dejar de “ser consideradas como una actividad esotérica” (en realidad, el Ministro se refería a la enseñanza de las ciencias en los niveles primario y secundario sobre todo, pero es interesante indagar cómo la idea de *enseñanza de las ciencias* alude casi exclusivamente a materias como física, química o matemática).

nuestro país, tal entusiasmo o exaltación continuaría en el campo de la sociología en la obra de Gino Germani y sus discípulos, quienes creían profundamente en una disciplina científica social basada en reglas objetivas y empíricas. Esta alternativa al debate político –concebido este como “emotivo”- pretendía arrinconar la retórica de sus apuestas respecto a lo que se entendía como ámbito de interés de las ciencias sociales. Para Germani, las características de la sociología como ciencia eran: ser una ciencia positiva; alegar ausencia de dicotomía entre ciencias naturales y culturales; que la sociología teórica, la descriptiva y la aplicada formaran una ciencia unitaria; y que la omisión del requisito de verificación significaba abandonar el campo del método científico, principalmente. Características que Mario Heler denomina como “el método oficial de la ciencia”.

Hoy, Lino Barañao sostiene que las ciencias sociales no son *cenicientas* “porque tienen un financiamiento equivalente a cualquiera de las áreas de las ciencias básicas y durante mucho tiempo tuvieron un financiamiento superior en términos de los insumos que requerían”, propuesta de reforma que “exige la participación activa de áreas humanísticas, desde la filosofía tradicional hasta la lingüística o la antropología”. Sin parecerle audaz, agrega el Ministro que gozaría encontrarse frente a “un cierto cambio metodológico”, acostumbrado, asegura, a la “verificación empírica” de lo que nombra (Barañao, 2008). Un tribuno que deleita un sentido común al que le provoca escozor *nombra* las “populares” contribuciones intelectuales de la ciencia social junto a la “pura” teología. A partir de aquí, el escándalo en los altares científicos.

Paradójicamente, igual metáfora utilizada para aludir por oposición a la situación de las ciencias sociales, es traída por Mario Heler en un sentido diametralmente diferente. Heler no sólo caracteriza a las ciencias sociales sino incluso a toda ciencia moderna como *cenicientas*:

La versión predominante de la ciencia moderna puede imaginarse en términos de una Cenicienta reivindicada y triunfante. Como ella sufrió humillaciones, maltrato y hostigamiento. Como ella logró convertirse en una reina, la reina de los saberes. Pero en su victoria no hay nada de mágico. Fue obra de una lucha contra el saber hegemónico: la ciencia medieval. Reina después de haber destronado a la reina vieja. Como en el cuento su éxito estaría justificado en sus méritos y también se espera que reine haciendo sólo el bien (Heler, 2004: 23).

Esta pretendida idea del buen obrar es retomada por Norma Giarracca al mencionar al decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires: “como dice Federico Schuster, todo lo auspicioso del nuevo status que adquiere la ciencia con este Ministerio puede desmoronarse si la nueva institución sustancializa los términos ciencia, tecnología y desarrollo ya que la idea de que refieren a cosas buenas en sí mismas está fuertemente cuestionada” (Giarracca, 2008). En la cosmovisión aludida subrepticamente, estos *nombres* son entendidos como tecnociencia al servicio de la optimización de los conocimientos y las capacidades humanas en beneficio del mercado. Modalidad en la que –esquivando entrar, en este ensayo, en la discusión sobre la fragilidad actual del modelo epistemológico de la ciencia y en la dificultad de su debate– se infiere que el mercado no solicita verdades científicas “sólidas” y “verificadas” sino resultados veloces y competitivos en las góndolas comerciales. La reducción de “ciencia y tecnología” a un instrumento para incrementar y calificar la producción olvida, sostiene Rietti, su papel en relación con la educación, la cultura y la participación –su preocupación está centrada en los modelos existentes para el desarrollo– (Rietti, 2008). Un desafío al paradigma cartesiano pero, sobre todo, un riesgo cierto en la percepción y legitimidad social de la ciencia (Carrasco, 2008).

Frente a esta situación, Carrasco continua mencionando lo imprescindible del debate científico² acerca del sentido otorgado al desarrollo, lo que incluye necesariamente una apuesta al devenir de la ciencia en tanto polea de transferencia de bienestar social (Carrasco, 2008). Lejos de esto, lo que requiere el mercado es “obtener *conocimientos útiles* sobre lo social, como lo hacen las ciencias naturales, siendo en su caso útiles para el progreso hacia una organización racional de la sociedad” (Heler, 2004: 90). Aparente paradoja –entre *el Reino de la libertad y el control de la naturaleza y la sociedad*– propia de la ciencia que nace con la Modernidad, y que es ni más ni menos que su marca de origen. Dicen que el sueño de la razón produce monstruos. Algunos, con pretensión de verdad científica -objetividad, neutralidad valorativa, causalidad lineal, verdad transhistórica, etc.-

² Es interesante ver a “la ciencia en debate” en un encuentro de política científica, donde, en relación con la polémica que aquí estudiamos, profesores y alumnos discutieron sobre los científicos, el poder y la educación.

3. Los discursos de los métodos

Una concepción de la ciencia que “se pretenda como tal”, lleva implícita la máxima que unifica técnicas y procedimientos en vista del “método científico”. Así es como es posible ser testigos de una afirmación en donde:

Dentro del campo científico no hay verdades indemostrables, no vale la autoridad como criterio de verdad, se utilizan hechos observables para obtener regularidades en comportamientos, en general se elaboran hipótesis de trabajo, se extraen consecuencias y predicciones, y el conjunto forma un cuerpo de conocimiento ordenado y sin grandes contradicciones internas, llamado teoría o corpus teórico. La validez de ese grupo de conocimientos se ata a la verificación experimental, es decir, la teoría predice algo que luego se contrasta con la realidad. Si hay discrepancias, la teoría es falsa, errada. Si acuerda teoría con experiencia se la acepta hasta que haya otra mejor. Es decir, nos referimos a un método. El método científico (Seghezzeo, 2008).

Este entramado científico imposibilita la existencia de varias teorías y la contraposición de pensamientos y/o debates, ya que sólo se permite un único conjunto de reglas para todas las áreas de estudios. Aquí, las “ciencias blandas” ni siquiera llegarían a ser ciencia si no siguiesen el mentado método científico. Aún así, vale advertir que esta posición discute con la Lógica presentada de manera de poder reflexionar sobre la “validez científica”, puesto que “un matemático tiene un método muy diferente al de un físico experimental o que un biólogo. Pero, ¿es menos válido? ¿Y qué de un sociólogo o un economista? El conocimiento metódico en campos como la filosofía ¿es menos válido?” (Seghezzeo, 2008):

La idea de unificar con un solo modelo, bajo un solo criterio de cientificidad, a las ciencias naturales y sociales no parece ser de utilidad a la producción de las ciencias sociales, aunque si beneficiaría la posición de las naturales, favoreciendo relaciones de dominación (Heler, 2004:95).

Ahora bien, no se beneficiarían las ciencias sociales, sino algunos científicos sociales, que “presentan al mundo como dote”, donde “la falta de temple adquiere la forma de carencia de autocrítica” (Martínez, 2005: 47). Aquí, ¿se trata simplemente de un olvido de la vigilancia epistemológica? Más bien parece que “el plan de trabajo de un proyecto de investigación o

intervención científica, se constituye en un dispositivo de control: control de calidad y eficiencia que funciona a su vez como un control financiero” (Heler, 2004:123).

Es ineludible la superación de la mutua desconfianza entre científicos y el correspondiente involucramiento político en este debate sobre la univocidad del método y las diferentes recepciones en la sociedad civil. El olvido de estos temas caros a la tarea social de nuestra profesión agudiza aún más la fragmentación del conocimiento, abonando al único beneficio de “quienes lucran con la ignorancia ajena”. Mantener integrado el conocimiento científico es, también, parte de nuestra responsabilidad (Grigera, 2008). Las deudas, aún, están del lado del servicio social. Para saldarlas, es necesario que acordemos qué ciencia queremos tener; cuáles son nuestras funciones y responsabilidades como académicos, docentes, investigadores, científicos, intelectuales, etc., que ejercemos gran parte de nuestro desempeño en instituciones estatales; cómo construimos una narrativa que sepa enfrentar activamente al neoliberalismo académico presente en varias de las ideas vertidas en este debate; para qué investigamos; para quiénes pensamos. Una voz anónima refleja esta apuesta: “no desarrollaremos una ciencia socialmente responsable y al servicio de las mayorías sin que los investigadores directamente involucrados participemos de un debate serio sobre estas cuestiones, en el que investigadores de todas las disciplinas, exactas y sociales, tengan un rol activo” (Grigera, 2008).

4. Teólogos, alquimistas y científicos sociales

El modelo de ciencia noble sería aquel identificado como el método de verificación empírica, frente a las investigaciones de las ciencias sociales que son definidas como “teológicas” (por el Ministro, entendiendo el concepto como falta de autocrítica respecto al compromiso con la sociedad civil –aspecto sobre el que muchas líneas se han entrecruzado en el debate-). La pretensión de una única metodología común³ para todas las ciencias crispa a los científicos sociales, se sabe.

³ Horacio González afirma que hacia “fines del siglo XIX y comienzos del XX surgen conceptos destinados a distinguir entre ‘ciencias de la naturaleza’ y ‘ciencias del espíritu’, cada una con su método, con sus requisitos de generalización y verificación. Hoy los nombres de ‘ciencias duras’ o ‘ciencias blandas’ hablan de fórmulas de extrema comodidad, pero cuya grave incerteza se justifica apenas por la necesidad de distribuir o designar áreas institucionales, subsidios, etc.” (González, 2008).

La cara de las demandas nos es más familiar: puja presupuestaria como aspecto central (esto es: equipamiento; dedicación exclusiva docente; becas para los estudiantes de posgrado; financiamiento; actualización del material; remuneraciones apropiadas; financiamiento y recursos para el sistema científico universitario, entre otras). De otro lado, la convocatoria a los científicos de perfil a la discusión sobre la situación de la ciencia en el país, ante el abandono y el ninguneo histórico (en línea con las palabras de Lino Barañao al exigir su compromiso social). La fertilidad de este debate, digámoslo, se desgarró entre la necesidad de un respaldo académico a los reclamos de compromiso social por parte del Ministro y el mismo encargo reclamado directamente a los científicos sociales. Por qué no decirlo otra vez, el debate que fondea esta discusión conocida trata del carácter público de los logros alcanzados por la investigación académica. Este es el otro punto de discusión.

La proporción de docentes con dedicación de tiempo completo a la enseñanza y la investigación en la Facultad de Ciencias Sociales es una cifra mínima frente a la inmensidad que representa en la Facultad de Ciencias Exactas. Este reclamo - junto a la visibilidad de una articulación existente con los organismos estatales- es reconocido como un importante vehículo de reforzamiento presupuestario (Borón, 2008).

Asimismo, el uso peyorativo de términos como “teología” (y teología como “abstracción”) otorga pertinencia al presente debate científico, de cara a las deudas pendientes. Una “teología” con significado “inútil” (enés de la pertinencia de la retórica para el debate político) frente al instrumentalismo técnico-económico. Falsa dicotomía donde puede reconocerse que:

Si lo que se quiere decir con todo esto es que en su actual fase de ‘desarrollo’ el país debe priorizar la investigación tecnológica, para beneficio de la industria nacional o incluso para beneficio de las grandes empresas transnacionales (¿y por qué escandalizarse, si así fuera? Finalmente, ningún funcionario ha dicho que vamos a salirnos del capitalismo), entonces discutamos eso. Pero hagámoslo claramente y de frente, sin trasnochadas especulaciones –usaremos una palabra de esas despreciables que hasta ahora no ha sido pronunciada– metafísicas (Grüner, 2008).

Podemos aquí presentar algunas variaciones respecto a este problema: una junta científico-técnica promovida desde el Estado o visiones más o menos autonomistas. Pero lo que queremos remarcar

con ello es que el debate, sabe decir el profesor González, significa la reapertura de “lo que debe entenderse por conocimiento científico”, donde encontramos a las ciencias exactas y a las ciencias humanas en situaciones bien diferentes, hacia adentro y frente a la sociedad. Donde la vieja cuestión de una ciencia social metafísica (como “región inverificable del conocimiento”, nos ayudará nuevamente González) olvida la dote de desvelos políticos. Pero donde, al mismo tiempo y de manera necesaria, la convivencia de horizontes científico-técnicos encarnados en el proyecto nacional significa unificar esfuerzos en la promoción de la actividad de las ciencias. Y esto sin menoscabar el estímulo que merecen la diversificación de métodos y expresiones en las Ciencias Sociales a partir de la influencia ejercida por los avances conceptuales en materia filosófica y argumentativa, claves para una novedosa configuración científica (González, 2008).

Construyendo memoria, una esperanza anónima nos toca la puerta: “para esta discusión no son necesarios grandes prestigios académicos, sino hombres de ciencia comprometidos con el pensamiento crítico necesario para luchar contra la dependencia de los pueblos a los que pertenecen. Debemos apropiarnos del verbo, de la razón, y ser capaces de hablar desde nosotros sin dejar que seamos hablados por otros lugares, por otros intereses. Ese es el principio de la descolonización cultural y el comienzo de la verdadera emancipación” (Carrasco, 2008).

Alguna vez, Leopoldo Marechal se preguntaba, como tantos otros, por las herramientas que construirían su Patria –a la que pensó desde su ciencia “blanda”, “teológica”, “metafísica”-. Y una tarde, cuenta él, un vecino que encarnaba las ciencias “duras”, “empíricas”, “exactas”, le aseguró –ante sus incansables inquietudes-: "*aquí están ya todos los elementos necesarios a esa obra*".

5. Breves conclusiones

Podemos decir, sintetizando un poco las múltiples contribuciones al complejo debate científico que aquí intentamos presentar, que los principales ejes de debate se componen de factores podríamos decir históricos o estructurales y factores políticos directamente vinculados a la coyuntura nacional, sin que ambos grupos sean “mutuamente excluyentes” para espanto de ciertos metodistas.

Dentro de estos factores (y que aún no están saldados o no está teóricamente cerrada la salida al problema), encontramos la dificultad para enrolar la responsabilidad social y el compromiso del científico más allá de la construcción de conocimiento (podríamos mencionar a vuelo de pájaro la cuestión de las fuentes de financiamiento, las decisiones sobre la metodología desarrollada, el manejo y la rendición de los fondos adjudicados para las investigaciones, la comunicación y el empleo novedoso de los resultados del trabajo científico, la selección de los problemas que nos proponemos estudiar para contribuir con aportes críticos, entre otros). Este balance es mencionado por científicos que vienen de las ciencias “duras” como Grigera, pero sabemos que son debates eje de cualquier plataforma política al interior de nuestras Facultades. Los pedidos de una reforma institucional que ampare -a la par del incremento presupuestario- las necesidades sociales que la Nación demanda ver satisfechas y que promuevan la calidad de vida han sido puestos en discusión en la querrela que intentamos reflejar. Aunque estas cuestiones que aquí resumimos no son inocentes, podemos imaginar que asumen un carácter maravillosamente novedoso si las consideramos a la altura de la oportunidad histórica en la que efectivamente este debate tuvo lugar.

Del mismo modo, otros de los factores son la “tecnociencia” vinculada a la “utilidad” del saber para el mercado -sobre el que hemos rastreado algún aporte- y la relación dicotómica ciencias duras/ciencias blandas, donde Seghezzi nos ayudará a recordar que “si nos preguntamos sencillamente qué, para qué, para quién, es inmediato que la *ciencia* no está desligada de los intereses”. Disputa que retoma en los tópicos estratégicos de la agenda universitaria la reconfiguración del brete entre una Lógica de mercado y el papel del Estado en los destinos del saber superior en nuestro país. Aquí, el bienvenido altercado que las declaraciones del Ministro Barañao produjeron a propósito de los “saberes útiles” y la “utilidad del saber”.

Vinculados a los sentidos de los aportes de las investigaciones científicas y a su relación con el Estado, no podemos dejar de mencionar las políticas públicas en relación a dichas inquietudes. En este sentido, recuperar “la Facultad como espacio de creación colectiva al servicio de la sociedad” (Dri, 2008) es un mensaje que supone tanto compromiso social como una clara “política de investigación” y un “diagnóstico integral del potencial científico” (Giarracca, 2008).

Finalmente, valga remarcar que el debate entorno a las relaciones entre autonomía y ciencia nos permitió reinstalar cuestiones que parecían dormidas. El papel de la ciencia y el lugar que tiene en el planeamiento nacional son dos caras de una misma moneda. Aún más allí donde encontramos que la visión hegemónica acerca del saber –que impregna los proyectos de investigación- hace oídos sordos a la discusión por el modelo de país que está en agenda y al papel de la ciencia en tanto “polea de transferencia del bienestar social”. El marco de la discusión trata, una vez más, del carácter público del conocimiento.

Buenos Aires, octubre de 2008

Bibliografía general:

Durkheim, E. (1997): *La educación moral*, Buenos Aires, Losada.

Ferrer, C. (1986): *Mal de ojo. El drama de la mirada*, Buenos Aires, Colihue.

Germani, G. (1952): *Sobre algunas consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología*. Boletín del Instituto de Sociología, vol. VI, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.

Heler, M. (2004): *Ciencia Incierta*, Buenos Aires, Biblos.

Martínez, M. (2005): *La Gula. El pan del intelecto*, Cuaderno de Pedagogía, Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Piscitelli, A. (1998) *Postmodernidad e identidad latinoamericana*, Cuadernos de la Comuna N° 10, Santa Fé.

Artículos publicados en *Página 12*:

Borón, Atilio (2008): “¡No somos teólogos!”, en *Página 12*, Sociedad, 12-01-2008.

Bruschtein, Julián (2008): “Ciencia en debate”, en *Página 12*, Universidad, 18-09-2008.

Carrasco, Andrés (2008): “Ciencia y neocolonialismo”, en *Página 12*, Ciencia, 23-01-2008.

- Giarracca, Norma** (2008): “Universidad, ciencia y sociedad”, en *Página 12*, El país, 14-01-2008.
- González, Horacio** (2008): “El debate de las ciencias”, en *Página 12*, Ciencia, 21-01-2008.
- Grigera, Tomás** (2008): “Científicos”, en *Página 12*, Carta de lectores, 08-02-2008.
- Grüner, Eduardo** (2008): “Y si somos teólogos, ¿qué?”, en *Página 12*, Ciencia, 21-01-2008.
- Dri, Rubén** (2008): “Las ciencias y la lógica del mercado”, en *Página 12*, El país, 28-01-2008.
- Lafferriere, Luis** (2008): “Conocimiento y universidad”, en *Página 12*, Ciencia, 21-01-2008.
- Moledo, Leonardo** (2007): “El futuro Ministro de Ciencia y Tecnología: *Es una política de Estado*”, en *Página 12*, El país, 15-11-2007.
- Rietti, Sara** (2008): “Percheros y desafíos”, en *Página 12*, Ciencia, 23-01-2008.
- Seghezzo, Jorge L.** (2008): “Métodos y sociedad”, en *Página 12*, Ciencia, 21-01-2008.
- Veiras, Nora y Moledo, Leonardo** (2008): “Entrevista a Lino Barañao, el primer Ministro de Ciencia y Tecnología: *Los científicos deben asumir su compromiso social*”, en *Página 12*, El país, 07-01-2008.